

Editorial

Ser Militar Hoy, Mañana y Siempre

Sección
gráficas

*S*e dice que al morir, un hombre deja todo lo que tiene y se lleva sólo lo que dio.

Lo anterior parece ser la antítesis del paradigma de la sociedad actual: tener y gastar, nunca dar ni regalar. Sin embargo, la acumulación de cosas y el egocentrismo obsesivo no logran calmar la ansiedad del hombre moderno, y mientras más obtiene y gasta, menos feliz parece ser, y más apremiante su necesidad de evadirse de la realidad en alas de la droga, la promiscuidad o subsumiendo su individualidad en grupos de fanáticos de clubes deportivos, de adoración de artistas del espectáculo y otras actividades de similar índole.

Si efectivamente la persecución del tener no logra aproximarnos a la felicidad ni a la satisfacción, pareciera entonces que una vida orientada al dar sí podría tener más probabilidades de hacerlo.

En este sentido, una vida de servicio parecería entonces ser una buena opción de vida, y como ser militar es, precisamente, dedicar la vida al servicio de la nación y del estado, -al servicio de la patria-, en este punto podría encontrarse la clave para atraer y retener en el servicio naval a los mejores hombres de nuestra sociedad.

Pocas son las opciones que nuestra sociedad ofrece a un joven que se resiste a entrar en la carrera del materialismo; pocas las alternativas de reemplazar la competencia contra otras personas por la competencia contra las propias deficiencias y debilidades, y pocos los grupos y organizaciones en que las personas son actualmente medidas por su ser y no por su aparentar.

Es cierto que la competencia entre las personas y entre las empresas es el motor de la eficiencia, y que el disfrute de los bienes de la tierra es una aspiración legítima para todas las personas, incluidos los militares, pero las razones que impulsan a una y a otro es lo que hace la diferencia entre la eficiencia como obligación social y como logro personal; y entre la obtención de bienes como legítima retribución y el lucro como objetivo.

La profesión militar, a partir de una condición de satisfacción de las necesidades materiales lógicas y razonables, parece constituir hoy una opción de vida plena y satisfactoria, adecuada para la búsqueda de la excelencia personal, y gratificante como forma de acción y participación social.

Yerran gruesamente los que piensan que ser militar es desear y buscar la guerra, al contrario, quienes la estudian y la conocen no se hacen ilusiones respecto a ella, en ningún aspecto, y cuando deben enfrentarla, lo hacen con la serena determinación de quien cumple un deber duro y doloroso en beneficio de otros y no como la jubilosa y liviana participación en un evento que promete aventuras y emociones fuertes.

También se equivocan quienes piensan en la profesión militar como una actividad de negación personal y anulación de la personalidad. La pertenencia a organizaciones de cooperación internacional o a organizaciones ecologistas o de ayuda humanitaria constituyen alternativas de participación social que exigen integración a un grupo, en forma parecida a la que exige la disciplina militar, a las cuales nadie, hasta ahora, acusa de inhibir la dignidad de sus participantes.

Para verdades ... el tiempo. La ofensiva antimilitar en boga en ciertos grupos sociales caricaturiza las relaciones entre militares, tanto porque las desconoce como por razones ideológicas, pero la verdadera naturaleza de ellas, conocidas por quienes las practican, no cambian: "Mis soldados no habían tomado sopa juntos el tiempo suficiente" explica el Emperador Napoleón después del desastre de Waterloo como razón por la cual sus soldados no mostraron la moral de combate tradicional de su ejército. El almirante Lord Nelson se refería a sus capitanes como a una "banda de hermanos". Son formas de decir que las relaciones entre militares son fundamentalmente de sentimiento de pertenencia, camaradería y lealtad mutua, lo que está muy lejos de la sujeción mecánica a reglas y autoridades burocráticas, despóticas y crueles que imaginan algunos.

A medida que el estado se reduce en su dimensión y ámbito de acción, más importancia adquieren los instrumentos que restan en sus manos, entre los cuales están las FF.AA. Es probable que en el futuro el papel de las FF.AA., en una optimización de su inmenso potencial de disponibilidad, flexibilidad y capacidad de acción, se diversifique y amplíe hacia nuevas funciones y actividades y que sus hombres deban prestar sus servicios en el país y como proyección del estado hacia el exterior, en formas muy variadas.

Un antídoto a la debilitación del estado es la mejora de su capacidad de reacción, esta es una realidad que ya se aprecia en otros países y que más temprano que tarde llegará a nuestras costas, reforzando la condición actual y futura de los militares como servidores del estado y auxilio y protección de la nación, ofreciendo a sus integrantes una vida de alta calidad personal y espiritual, integrados a una gran organización con metas desafiantemente altruistas, en un ambiente laboral y profesional de reconocimiento, respeto y valorización de su individualidad.

Estos son temas que requieren de nuestra profunda reflexión, la que debería llevarnos a asumir nuestra opción de vida con plena conciencia de su potencial de satisfacción y realización, pero que a la vez plantea la inevitable consecuencia de tener que erradicar cualquier aspiración de querer vivir simultáneamente en ambos mundos.

El primer artículo de este número de Revista de Marina, cuyo protagonista es la quintaesencia de nuestro mundo profesional, -el Buque Escuela Esmeralda y sus tripulantes-, nos entrega estimulantes antecedentes para provocar esta reflexión.

Director de la Revista de Marina.